

DE BUENAS LETRAS

Octave Mirbeau y Miguel de Unamuno

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Hay libros que irremisiblemente nos llevan a otros libros. ¿Quién, al leer 'La Regenta', no ha visto aparecer la imagen de Madame Bovary? ¿Quién, al avanzar en las páginas de 'Sinfonía Pastoral', de André Gide, no ha vislumbrado la silueta de la Marianela de Galdós? ¿Quién, que conozca la literatura francesa y española, no ha sentido alguna vez la tentación de comparar 'L'abbé Jules' de Mirbeau y 'San Manuel Bueno, mártir' de Unamuno? En ambos libros se repite el mismo tema —el cura que no cree—, pero hay además otros puntos de coincidencia: ambas novelas suceden en un ambiente rural y en las dos novelas la historia nos la cuenta alguien que el autor convierte en narrador: un niño, en el caso del 'Abbé Jules'; una beata de la parroquia, en el de 'San Manuel'. Otro punto de coincidencias es el hecho de que en las dos obras la muerte del protagonista ocurre antes de llegar a la vejez, y en ninguna de las dos supone el fin de la novela.

Pero, aparte de estas coincidencias, en todo lo demás una y otra novela difieren. Para comenzar, el tamaño: 'L'Abbé Jules' es una novela de más de trescientas páginas, y 'San Manuel Bueno, mártir' es una 'nivola' que no

pasa de cien. Otra notable diferencia es el ambiente en que ambas se desarrollan. Pero la diferencia fundamental está en los dos protagonistas: el cura francés es libertino, descarado, polémico y decididamente ateo; en cambio, el cura español es la mansedumbre personificada, siempre dispuesto a ayudar a los demás. La muerte de ambos también es muy diferente: el cura español muere en olor de santidad, el cura francés nos recuerda la de cualquier libertino.

Surge la inevitable pregunta: ¿conocía Unamuno la novela de Mirbeau cuando comenzó a escribir su 'nivola'? Imposible responder a la pregunta. Solo Unamuno podría responderla; pero la novela de Mirbeau se publicó en 1888 y la de Unamuno en 1931, tiempo más que suficiente para que pudiera conocerla.

Dicen que Mirbeau se inspiró en un tío paterno suyo para escribir su novela. Unamuno no tuvo necesidad de inspirarse en nadie. Le bastaron sus dudas entre razón y fe para crear su personaje. Con él iba también el retrato espiritual del autor. Sin saberlo acababa de dar vida a una de las novelas más hermosas de la literatura española de todos los tiempos.